



ESTALLIDO SOCIOCULTURAL DE CHILE: ENTRE CAUSAS Y EFECTOS / PLACAS TECTÓNICAS EN MOVIMIENTO

GABRIEL MATTHEY CORREA

Compositor e ingeniero civil, profesor de cultura chilena y magíster en gestión cultural, Universidad de Chile. Actualmente es coordinador y académico del mismo magíster



@Hugo Angel

El 18 de octubre de 2019 en Santiago de Chile, en forma brusca y sorprendente, se desencadenó una movilización social que, como una violenta emboscada y onda expansiva, en pocos días se propagó e involucró a todo el país. Los medios de comunicación la denominaron “estallido social”; no obstante, en realidad fue un estallido “sociocultural”, unido a una profunda crisis política e institucional, cuyas causas primeras son estructurales: culturales e históricas. Sí, estas dos dimensiones son fundamentales de considerar, pues son la base para poder comprender el problema de fondo y, con ello, encontrar soluciones también de fondo. Por ahora solo se ha tratado de atender la coyuntura, intentando diseñar una agenda social justa; sin embargo, se ha respondido más a los efectos que a las causas. Gran parte del análisis se ha hecho sesgadamente, en “clave economicista”, con escasa conciencia histórica y social —menos cultural—, toda vez que nuestra cultura actual está impregnada del neoliberalismo y, por lo tanto, nos cuesta pensar y proceder de otro modo, considerando las múltiples dimensiones y complejidades que conlleva la vida humana. Asimismo, las propuestas han sido inmediatistas, reactivas, a modo de emergencia a corto plazo. Todavía falta entrar en mayores profundidades y perspectivas, de tal manera de poder encontrar caminos de solución reales y perdurables, de largo plazo.



En cuanto a sorpresas, el fenómeno se puede asociar con nuestra realidad sísmica, apelando a un “terremoto sociocultural”. Bien sabemos que en Chile cada cierto tiempo ocurren eventos telúricos, debido a la acumulación y liberación de energía geológica, producto de la dinámica de las placas tectónicas que coexisten bajo nuestra superficie terrestre. El proceso es silencioso, profundo, y tarde o temprano nos vuelve a sorprender.

Metafóricamente, bajo nuestra superficie social ocurre algo equivalente, pues también coexisten capas —unas más profundas que otras— que tienen su propia tectónica, cuya dinámica se debe a nuestras características geohumanas: antropológicas, sociológicas, políticas y económicas. En efecto, cuando la energía sociocultural no encuentra canales de evacuación se acumula y, en el momento menos pensado, se descarga y genera grandes estallidos. Así las cosas, la dinámica de la vida chilena depende de cómo conviven e interactúan —o no— las placas tectónicas que conforman a nuestra sociedad y culturas, especialmente si se considera que en Chile no existe movilidad social (tal como fue en la colonia).

Por ahora, si bien hay un consenso en que la actual crisis se debe a un fenómeno político-económico incubado en los últimos 30 años —debido a la aplicación forzada de un fallido modelo neoliberal en complicidad con la Constitución de 1980—, las causas reales son de suyo profundas, dentro de una perspectiva cultural e histórica que, sin duda, se encuentran bastante más lejos que los últimos 30 años e, incluso, que la dictadura cívico-militar de 1973-1990. Los conflictos y tensiones ya estaban latentes durante el gobierno de Salvador Allende y la Unidad Popular (1970 - 1973); ya estaban latentes en la Reforma Agraria del gobierno de Eduardo Frei Montalva (1964 - 1970); ya estaban latentes y postergados desde mucho antes, sin ser asumidos ni resueltos a nivel estructural, desde la base, porque en Chile estamos acostumbrados a barrer el polvo bajo la alfombra: preferimos encubrir y/o desvirtuar los problemas antes que enfrentarlos y solucionarlos de raíz.

No obstante, para no seguir autoengañándonos ni quedarnos atrapados en los últimos 30 años, o en la dictadura, si se quiere explorar en causas más profundas y determinantes, entonces es necesario ir directo a la fuente, siglos atrás, cuando la colonia estructuró a Chile según los intereses hegemónicos. Así, en el cuadro siguiente se hace referencia, en modo metafórico, al “material genético” de la cultura chilena, matriz cultural que da cuenta de las bases constitutivas de nuestro país, que ayudan a interpretar y a comprender mejor gran parte de la biografía chilena, desde los orígenes coloniales hasta nuestros días:



@Hugo Angel

MATRIZ CULTURAL DE CHILE*	
Material genético, a partir de nuestros sustratos coloniales	
1. Genes principales de nuestra matriz ("ADN" o material genético, base constitutiva de la cultura chilena tradicional)	
1.1 Genes de la vida hegemónica-comercial	
Base Generatriz	Material "Genético"
a) Las guerras	"gen guerrero"
b) El colonialismo	"gen colonial"
c) El autoritarismo	"gen autoritario"
d) El comercio	"gen comercial"
1.2 Genes de la vida sociocultural	
Base Generatriz	Material "Genético"
e) La religión católica	"gen católico"
f) La familia	"gen familiar"
g) El racismo y clasismo	"gen discriminatorio"
h) La mezcla forzada (violaciones)	"gen machista"
2. Ejes principales (sustratos) de la cultura chilena tradicional, derivados de los genes constitutivos, hoy en crisis y/o en proceso de cambios	
2.1 Ejes conductores de nuestra cultura tradicional explícita	
a) La política	
b) El comercio	
c) La familia	
d) El catolicismo	
2.2 Ejes conductores de nuestra cultura tradicional implícita	
e) El autoritarismo	
f) El (neo)colonialismo	
g) El militarismo	
h) La discriminación y las apariencias (en diferentes ámbitos)	
i) El machismo manifiesto y el matriarcado oculto	
j) El doble origen y dualismo cultural no asumido (el mestizaje como base)	



En el cuadro anterior se presenta una síntesis de nuestra cultura basal, constitutiva, que ya tiene una larga historia, sin haber experimentado cambios estructurales, a pesar de los siglos. A partir de esta matriz (causas) se pueden explicar muchos de los problemas (efectos) vividos hasta el presente, incluyendo el golpe cívico-militar de 1973 y su consecuente dictadura, seguido de los 30 años de una frustrada transición hacia la democracia y, recientemente, agregando el “golpe sociocultural” de 2019, con su consecuente movilización, acaso como un efecto búmeran de la propia dictadura. Con todo, claramente Chile se resiste a los cambios de fondo; nuestros cambios son solo superficiales, aparentes. De hecho, sin desconocer los avances materiales, durante décadas hemos (sobre)vivido enajenados, alucinados por el consumismo, el exitismo y el “país de las cosas”; sin embargo, humana y socialmente seguimos siendo subdesarrollados, literalmente mal educados, incapaces de reflexionar, tener un sentido crítico, dialogar y convivir pacíficamente: no sabemos usar la razón, menos las emociones. Una y otra vez recurrimos a la fuerza, tal cual lo proclama el lema de nuestro escudo nacional, que aquí corresponde escribir: “Por (la razón o) la fuerza”.

Observando el cuadro anterior según una perspectiva actual, llama la atención el punto 2.1, en donde tres ejes se encuentran en plena crisis: la política, la familia y el catolicismo. Solo ha permanecido y se ha fortalecido el comercio, eje fundamental para la sobrevivencia humana; sin embargo, en los últimos 30 años fue reforzado —

exageradamente— por la imposición de un modelo neoliberal que el país no eligió. Esto, de suyo fue un acto de gran violencia histórica, política y sociocultural, toda vez que dio lugar a una vida sometida, desequilibrada y deshumanizante, centrada en el mercado —“mercocéntrica”—. Entonces las personas se redujeron a meros entes productores-consumidores, inmersos dentro de una “cultura del solo tener y el consumir”. Con ello se generó una sociedad fragmentada y tensionada, de consumidores individualistas e inmediatistas, víctima de la ausencia de valores; víctima de la soledad y la carencia de afecto; de la falta de respeto al propio ser humano —a uno/a mismo/a— y al medio ambiente. Se generó una sociedad de gran pobreza espiritual y auto-abandono existencial, sin sensibilidad y dignidad; sin contenidos ni sentido humano para vivir. En este contexto, René Descartes probablemente habría dicho: “Produzco, consumo, luego existo”.

En el cuadro anterior también llama la atención observar que los 6 ejes del punto 2.2, hoy están totalmente vigentes, a pesar del paso de los siglos. Chile no cambia. Nuestra sociedad es heredera y parte de una “cultura tradicional” reaccionaria, encubierta, que ha operado y perdurado subterráneamente a nivel del inconsciente colectivo. Es la cultura basal que se impuso e instaló desde la colonia, la cual opera y se mantiene en forma oculta, invisibilizada, sin análisis ni cuestionamientos; solo se acata. Se trata del fundamentalismo de la oligarquía chilena que se resiste a los cambios culturales, pues allí están los 6 ejes —o sustratos—



@Cagliostro Cinema

que le han permitido controlar el poder durante siglos. Por ello Chile, en pleno siglo XXI, sigue siendo un país esquizofrénico, esclavo de su hipocresía y doble estándar, pues por un lado se obsesiona por desarrollarse y ser moderno —en lo económico y tecnológico—, pero por otro se queda refugiado y atrapado en la “premodernidad”, sin evolucionar en “lo cultural” y en “lo social”; sin evolucionar en su humanidad, mentalidad, creatividad y sentido crítico. Chile se ha desarrollado materialmente pero se ha subdesarrollado espiritualmente. Esta dicotomía durante siglos se ha mantenido camuflada y controlada, para así conservar el “orden establecido” bajo presión, usando la “lógica del patrón de fundo” (con todo el respeto que se merece el mundo campesino).

Efectivamente, durante la dictadura cívico-militar Augusto Pinochet aplicó la “lógica del patrón de fundo” —autoritarismo + militarismo—, dando lugar a situaciones extremas, incluido los atentados en contra de los derechos humanos. Y en ese mismo contexto se impuso el sistema neoliberal, con la asistencia de los Chicago Boys y el liderazgo de Milton Friedman. Paralelamente se diseñó e impuso la Constitución de 1980 —a la medida de la dictadura—, carta fundamental creada por la Comisión Ortúzar, con la participación de Jaime Guzmán, principal autor intelectual de la misma. Posteriormente, con el “triumfo del no” (plebiscito de 1988), la promesa de la “alegría ya viene” solo llegó en forma ficticia, pues se construyeron castillos sobre arena, de fantasía: el “país de las cosas” que trató de controlar y distraer a la sociedad a

partir de una “cultura del tener y el consumir”, según se decía. La Concertación —y en general los partidos políticos— no pudieron realizar la tan añorada transición hacia la democracia. La política ficción y los fuegos artificiales ganaron; se construyeron edificios de cristal y volcanes de silicona para fortalecer la “imagen país”. La dictadura cívico-militar se reemplazó por la “dictadura del mercado”. Chile se transformó en un país más neoliberal que los países neoliberales —más papista que el papa—, a un nivel fundamentalista en que no se aceptaban otras opciones. Así entramos en una dinámica ennegrecedora y enajenante, de creer y fomentar “la calidad de vida”, aunque ella no tuviera ni valores ni sentido, reduciéndose solo a “cantidad de cosas” para tener, coleccionar, competir y consumir. Y todo esto, por cierto, en complicidad con parte importante de los políticos y empresarios, además de la farándula de la TV y de la prensa, sumado a un marketing especializado en fomentar un consumo a ciegas, manteniendo vivo al susodicho “país de las cosas”. No hubo ética ni personas, cada cual encerrado en su burbuja individualista, competitiva y exitista, sin conciencia ni compromiso por el otro ni por el bien común. Se olvidó “lo social” y “lo cultural”, a cambio del entretenimiento, los reality shows y los eventos. Nos obsesionamos por querer ser los “Estados Unidos de Sudamérica”, creyendo y promocionando el mito del “sueño sudamericano”, a pesar de ni siquiera tener un *ethos* propio.

De esta manera, obnubilados por la fantasía, entre cómplices pasivos y cómplices



@Cagliostro Cinema

activos, junto a una sociedad sufriendo cotidianamente maltratos, abusos, inequidades, injusticias y humillaciones, la violencia estuvo siempre presente; las placas tectónicas inevitablemente fueron acumulando tensión sociocultural (frustración, rabia, odio y resentimiento) y, tal como ocurre con los terremotos, de pronto llegó el gran movimiento telúrico, por sorpresa: una vez más, en forma brusca y brutal, se remeció nuestro territorio humano, provocando destrucción, incendios, heridos, fallecidos y ruinas por doquier, nuevamente con atentados a los derechos humanos. Entonces quedamos abrumados e intimidados, atrapados entre el miedo, la angustia y la confusión, actualizando nuestros traumas, sin comprender por qué ocurrió lo que ocurrió. La violencia, invisibilizada durante décadas y ejercida de diferentes formas —explícitas e implícitas—, terminó por responder con más violencia, descontrolada, con múltiples placas tectónicas actuando simultáneamente, como un enjambre difícil de entender. Y todo ello, sin duda, fue fruto del propio sistema: del reputado “modelo chileno”. Inevitablemente, quiérase o no, se cosecha lo que se siembra.

Así las cosas, en pleno siglo XXI, en Chile todavía no sabemos usar la razón —tampoco las emociones— para poder resolver nuestros problemas: somos un país mal educado, valga insistir, subdesarrollado humanamente. Carecemos de recursos éticos y dignos y cada cierto tiempo volvemos a usar la fuerza. Históricamente ha sido así: en los momentos más difíciles hemos recurrido, una y otra vez, a “los golpes”. La experiencia de 1973 no fue suficiente, ni tampoco lo fue la traumática dictadura. Posteriormente, durante 30 años igualmente no fuimos capaces de procesar ni asimilar las lecciones.

He de esperar que ahora, con este nuevo golpe —del 18 de octubre—, seamos capaces de aprender, para efectivamente poder empezar a trabajar por un verdadero desarrollo, integral, construyendo un país más justo, digno y estimulante de ser vivido. Esto conlleva salir de las burbujas autorreferenciales; exige romper con el individualismo y aprender a compartir y a construir juntos, colectivamente, el destino del país que queremos; implica considerar que el otro / la otra también existen, de igual a igual. Así, tenemos que aprender a (re)conocernos y a respetarnos; tenemos que aprender a convivir, valorarnos y dignificarnos socialmente; a ser más (auto)críticos y proactivos, con un *ethos* y desarrollo humanizante, compatible con nuestro territorio y medio ambiente. Ello solo es posible en “modo consciente”, colectivo e inclusivo, dialogante y participativo, democráticamente, sabiéndonos escuchar, por la razón y/o la fuerza de las emociones.

Chile necesita descolonizarse para poder descubrirse, (re)conocerse y desarrollarse en forma más plena, equilibrada y genuina. Chile necesita creer y confiar en sí mismo; necesita superar sus complejos de carencia; necesita dejar de “copiar y pegar” para poder ser más libre, auténtico y creativo, en la era digital y globalizante en la que vivimos. Chile clama por ser un país más democrático, justo y solidario; requiere asumir su diversidad, su mestizaje y fundamentos para vivir con mayor coherencia, paz y sentido; necesita de un *ethos* propio para poder justificar su existencia. La gestión cultural, sin duda, tiene mucho que pensar, hacer y decir al respecto, sobre todo si se asume como *política profunda*. ■



@Cagliostro Cinema



@Cagliostro Cinema